

COSAS DE LA TIERRA

UNA FERIA

A pesar del ferrocarril, de la bicicleta, del automóvil, de todos los inventos modernos, aún se conservan restos de nuestras antiguas y características costumbres.

Mucho se ha perdido de aquellas animadas ferias de ganado que semanalmente por turno se verificaban en los principales pueblos de Guipúzcoa, porque en la actualidad los medios de comunicación rápidos y varios facilitan las transacciones en todo tiempo sin embargo se siguen celebrando ahora estas ferias con relativa animación en contados pueblecitos de la provincia.

El casero aprovecha este día para bajar de su caserío con el ganado que intenta vender; comerciantes ambulantes llevan allí su mercancía; versolaris no faltan en la fiesta, pero quienes mayor animación prestan al mercado son los carniceros de la capital y villas importantes del partido, que concurren con el objeto de hacer acopio de carne viviente.

Van unos en cómodo carruaje, un largo ómnibus tirado por cuatro caballas, otros aisladamente en su *charrete* y así se presentan en el pueblo de la feria por muy lejano que se halle éste.

Las *cestas* del país arrastradas por dos ligeros jamelgos también menudean, llevando al curioso, al negociante ó al ganadero.

En la plaza pública se ve una larga fila de vacas la mayor parte con

sus novillos, sujetas con una cuerda á las argollas que cuelgan con este objeto de las paredes de las casas; pjaras de cerdos se mueven de acá para allá gruñendo con voz sorda y barriendo con el hocico á guisa de escoba cuantas inmundicias encuentran al paso y los marranillos de leche chillan desesperados cuando alguien intenta cogerlos para cerrar el trato.

Los dueños de este mundo animal, trafican, ó aguardan tranquilos con la pipa en la boca á que se acerque algún comprador con quien discutir las excelencias de sus reses y fijar el precio, y las carseras que por lo general son las encargadas del ganado de cerda, siempre con sus cestas bajo el brazo y la vara de mimbres en la mano para hacer entrar en razón á los irracionales que cuidan, charlan y murmuran entre sí corriendo de un lado para otro.

Bajo los soportales de la Casa Consistorial varios mozalbetes aspirantes á pelotaris de marca, improvisan un partido y entre el abigarrado conjunto de feriantes se destaca el uniforme chillón, azul y rojo del miquelete, que cruzado de brazos observa indiferente aquel maremagnum de hombres, mujeres, niños y animales, cuya vigilancia y mantenimiento del orden le está encomendada.

Cruza por mitad de la plaza vestido de hongo y chaquet el afortunado *indiano* que de regreso de Montevideo ó Buenos Aires descansa de sus fatigas en la villa natal y completa la variedad del cuadro algun carruaje de lujo ó potente automóvil con señores muy principales que vienen de la capital á pasearse en la feria.

Una casa sí y otra no del pueblo tiene sidrería, donde se refugian los feriantes á saciar su sed y apetito y se escucha el murmullo ensordecedor de tanto casero que entra y sale constantemente, unos provistos de un vaso conteniendo el liquido amarillento, otros prefiriendo el negro, todos meneando las mandíbulas entre las que descuellan grandes zoquetes de pan ó lustrosas rajadas de jamón chorreando grasa sobre los labios.

En un cuarto bajo de la posada en que no había más que las cuatro paredes que fueron blancas, una barrica llena de pitarra, algunos utensilios de uso doméstico tirados en un rincón, una mesa mugrienta y cuatro sillas, hacen su entrada tres hombres y una mujer.

Los primeros, vestidos con blusa azul y boina del mismo tono, fuertes y robustos, la cara de color de ladrillo cocido, enseñando con sus continuas risotadas el maxilar superior provisto de una fila de dientes que aunque descuidados y sucios son capaces de triturar piedras; la

mujer con el pañuelo blanco á la cabeza, la inseparable cesta bajo el brazo y la cara toda arrugada, denunciando las fatigas de la maternidad unida á las de la labor campestre y los quehaceres domésticos.

Se sientan alrededor de la mesa dejando un gran espacio entre ésta y sus cuerpos, les sirven una botella con vino, un solo vaso y varias libras de pan; hacen pedazos éste, lo dejan sobre la mesa y cada uno va tomando lo que le viene en gana y come cual si fuese el manjar más exquisito. El único vaso, lleno hasta los bordes pasa de boca á boca y efectúan su ronda disminuyendo su contenido entre los labios babosos de los unos y los secos de los otros y en las cuatro cabezas aquellas no bulle una idea ni existe más preocupación que la que les resulte de la compra que acaban de efectuar.

¿Hubieran hecho mejor en decidirse por la vaca de Juan Chiki? ¿La falta de forraje hacía infructuosos sus propósitos de mantener gorda y hermosa su última adquisición?

Este era el tema de sus palabras sin que les importara nada lo que suceder pudiera fuera del radio de la feria ó del caserío en que vivían.

Al anochecer ésta termina y el desfile comienza. La carretera y los caminos vecinales se llenan de personas y bestias, desparramándose cual rosa náutica á todos los vientos, entre el mugido de las vacas, el gruñido de los cerdos, los ladridos de los perros y las voces humanas. Es un toque de retreta dado por los seres que se alejan, dejando al pueblo envuelto en las sombras de la noche descansar de la actividad desplegada durante el día.

ALFREDO DE LAFFITTE.

